

EL EVANGELISTA

YO HE SIDO PUESTO PARA LA DEFENSA DEL EVANGELIO.—FILIPENSES 1:17

AÑO X.—NUM. 57. 2

SAN JUAN, PUERTO RICO.

ABRIL 15 DE 1912

Entered at second class matter Mayo 5 de 1909, at the Post Office San Juan, Puerto Rico.



Mirad á las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en alfófes; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas? —Jesús



EL JUGADOR

Sin Dios porque la olvida en su locura,
sin, ley, porque atrevido la vulnera;
sin hogar, porque ¡infame! le perdiera;
sin hijos, porque pan no les procura

Sin salud, porque tiene calentura:
sin fé, porque del cielo desespera:
tal es del jugador la verdadera,
impotente, fatídica fugura.

Vedle: llega al tapete; su atonía
en sorda excitación se cambia luego;
late su corazón con furia impía;

¡ay! se siente morir; olas de fuego
azotan su cerebro... y todavía
con cavernosa voz exclama: ¡Juego!

J. ZORRILLA.

Escudriñad las Escrituras; porque á vosotros os parece, que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí: —Jesús



El hipódromo

I

No hace muchos años esta palabra, que antes dormía apacible sueño en las páginas de los diccionarios, entró á formar parte del lenguaje corriente. De ser conocida sólo por los estudiantes de historia antigua, se ha vulgarizado hoy hasta en los labios de los limpiabotas.

A Ponce le cupo el honor de iniciar formalmente en Puerto Rico el conocido deporte de la juventud griega: las carreras de caballos.

San Juan, no queriendo quedarse atrás, levantó poco después un elegante edificio rodeado de un buen estadio.

Mayagüez, si no me equivoco, fué la ciudad que constituyó aquí el tercer hipódromo.

Pronto una gran fiebre hípica lo invadió todo.

No se habla más que de hipódromos, *stand*, *jockeys*, pista, jurado, caballos, etc.

Estos últimos adquirieron repentinamente una popularidad extraordinaria. Sus nombres comenzaron á aparecer en todos los periódicos y sus retratos en varias revistas. *Nevado* y *Perla Fina* fueron los héroes del día. Se hablaba y discutía más acerca de ellos que de cualquier rey de Europa ó presidente de América. Poco faltó para que algún hipómano llamara Nevado á uno de sus hijos y Perlita Fina á una de sus hijitas.

Los caballos adquirieron un valor exorbitante. Por *chongos* que antes nadie quería dar \$40 ó 30, vendíanse á todo escape, por \$100, 120 ó 150. El que tenía un *chiringo*, se sentaba á pedir; el que no tenía ninguno, se resignaba á andar á pié toda la vida.

Los *jockeys* afortunados eran cargados triunfalmente en hombros; y los caballos vencedores, agasajados más que

un bebé real y acompañados de una inmensa muchedumbre, á los alegres acordes de una música entusiástica.

No había pueblo que no pensara en levantar un hipódromo, ni dueño de caballo que no soñase con obtener el laurel de la victoria para su corcel favorito y el premio de la misma para su bolsillo.

La hipomanía se había apoderado de la inteligencia y la apolatría de la conciencia.

Ser caballo ya no era una ofensa, sino un alto honor, un privilegio inapreciable.

Para presenciar estos torneos hípicos todos los medios mayores de locomoción se ponían en movimiento: el coche, la bicicleta, el automóvil, el tren y los buques de vapor. Cuando las carreras eran en San Juan, Ponce venía al norte; cuando se verificaban en Ponce San Juan iba al sur; y cuando llevábase á cabo en Mayagüez, Ponce y San Juan se dirigían apresuradamente al oeste. Entonces el *turismo* llegó á su apogeo en la isla. Varias ventajas produjeron y prometían producir las famosas carreras que tenían á todo el mundo corriendo, á pesar de que todo el mundo no era caballo. Las principales son estas dos: el aumento de precio y el mejoramiento del ganado caballar.

Como ya uno resultaba algo atrasado sino demostraba estar al corriente de los pormenores hípicos; como ya uno resultaba un personaje muy interesante si podía contar, en una tertulia de curiosos, que tal era el color de Perla Fina, que así era el tamaño de Nevado, que de esta manera corría el Jíbaro y de la otra el Majestic, todos queríamos ir al hipódromo, para ver las tan decantadas carreras. ¡Cómo si nunca hubiéramos visto correr caballos!

Y yo, señores, lo confieso con ingenuidad, me contagié un poco con la fiebre hípica que abrasaba las entrañas de la gente. ¡Y quién se hubiera podido librar de esa enfermedad en una época

que no bien uno pronunciaba *hipo*, el intercultur quería completar la palabra agregando *dromo*.

Pues bien, les voy á contar mi experiencia con el hipódromo.

Por el año 1906 hallábame enfermo en el Hospital Presbiteriano que hay en el pintoresco *Santurce*. Era verano. En aquellos días estaba anunciado un sensacional desafío entre Perla Fina y Nevado. Yo, que sin haber visto ni á uno ni á otro, sentíame ferviente partidario del campeón del sur (probablemente por haber yo nacido y criádome en el norte,) aproveché la oportunidad de ver y asistir al hipódromo.

¡Día aciago aquel! A Perla Fina no le valió su *finura* ni el ser *perla*, para que el voluminoso y veloz Nevado lo derrotara, muy á pesar mío, y especialmente de los que apostaron cuantiosas sumas de dinero á su favor. Para mis adentros decía: "Qué lástima que siendo tan bonito se dejara perder" ¡Cómo si los feos no tuvieran derecho á ganar!

Cuando Nevado ganó, aquello parecía una Babel. Los pañuelos se agitaban, los sombreros se lanzaban al aire, las manos no se cansaban de aplaudir, los gritos y los vivas atronaban el espacio, el entusiasmo había convertido en locos momentáneos á los admiradores del caballo triunfante. La inmensa muchedumbre se dirigió como un río desbordado hacia donde estaba Nevado, cogió al *jockey* en los brazos y al caballo por las bridas, y sacó al jinete y á la bestia aclamándolos con espantoso frenesí en medio de un gentío compacto y de innumerables automóviles y coches.

Con peligro de la vida salí de aquel laberinto humano. Y cuando yo estaba tranquilo gozando de la paz que reina en el recinto en que fuí á buscar la salud, me puse á pensar sobre lo que había presenciado.

Fuí al hipódromo lleno de alegría; egresé henchido de pena. ¿Por

qué? ¿Acaso porque Perla Fina, mi caballo favorito, había sido derrotado por vez primera y la primera vez que yo había ido á verlo luchar?

No, no era por esto. Mi tristeza tenía otro origen más importante, obediencia á otra causa grave.

¿Sabéis cual fué la causa de mi desaliento? Os voy á revelarla.

Me dirigí al hipódromo, creyendo que era un centro de lícita diversión y sufrí un penoso desengaño al convencerme que sólo era una elegante y llamativa casa de juego, una especie de Monte Carlo, á donde concurrían todas las clases sociales para gozar de la igualdad del vicio, á donde acudían todos los sexos para disfrutar del compañerismo de la corrupción.

El juego perseguido en el ventorrillo del campo por el simple policía, el juego acosado en los casinos y casas particulares de las poblaciones por los oficiales de la policía insular, el juego castigado por la ley, tomaba una máscara simpática llamada el hipódromo, é invitaba al policía y al jibaro, al jefe de la policía y al señor del pueblo, al legislador y al violador de la ley, al juez y al tahur de oficio, y deciales: ¿Para qué perseguir? ¿Por qué tener que huir? ¿Á qué buscar, cándidos, el castigo de la ley? ¿Por qué veros en la obligación de aplicar un castigo que no os agrada? ¡Venid á mi todos, perseguidores y perseguidos! Yo he burlado la ley; por que esta impide jugar *al detall*, pero no *al por mayor* y yo hago que aquí se juegue *al por mayor*. Yo he burlado al legislador; porque éste sólo prohíbe que el negocio se haga en *poca escala* y yo lo hago en *grande escala*.

Confraternizad todos, y jugad todo.

El mismo gobernador me aliena. La policía entra en los misterios de mi cábala. La prensa me anuncia.

Las damas me honran con su presencia, y los jóvenes me alegran con su activa participación.

Yo abriré los ojos de los niños y los consagraré á mi servicio. Yo soy el sustituto del vergonzoso garito y de la ruidosa gallera. Estas instituciones realizaron su misión maquiavélica en épocas de más atraso; pero ya no corresponden al adelanto de nuestros días.

Por eso yo soy su resúmen, su perfeccionamiento, usando, por supuesto, otros métodos más en armonía con el refinamiento de la época, la hipocresía de los hombres y las trampas de la ley.

En mi seno el juego se llama diversión, cultura social, filantropía, negocio alentador; por allá, fuera de aquí, delito, vicio, mala inclinación. Aquí se aplaude; allá se desaprueba. Allá se persigue; aquí se bendice. Allá se restringe; aquí se promueve. Allá se injuria; aquí se le rinde pleitesía. Allá se tiene por una ocupación despreciable; aquí por un pasatiempo agradable.

Jugadores de profesión y aficionados, escoged vuestro campo de acción. ¿Dónde preferís jugar? ¿Allá con todas las tiranías y censuras ó aquí con todas las libertades y aplausos?

Pensando en las inmoralidades inherentes á una diversión que amparaba y fomentaba públicamente el funesto vicio del juego, yo hice la resolución firme de no volver á un sitio donde se realizaban actos de perniciosa influencia para mi pueblo. Y desde entonces no he vuelto, ni quiero volver más al hipódromo.

Abelardo M. Díaz.

Cáguas, Marzo 1912

RELAMPAGOS

Algunos persiguen al Evangelio porque él se opone á sus malas costumbres.

Las manos de Dios pueden cerrar muchas puertas, pero siempre abren una, la que necesitamos.

La flor de la vida es plantada por Dios.
¿Deberá ser cortada por el Diabolo?

Si un cristiano quiere ir lejos del cielo, lo más lejos es el mundo.

Monomanía Aguda

Así puede calificarse la locura especial que ha atacado á muchos escritores modernos enemigos de la Biblia.

Trazar tres ó cuatro renglones mal escritos, llenos de faltas de concordancia y reñidos con los principios más elementales de la lógica, con el fin de falsear maliciosa y atrevidamente la verdad preciosa del Cristianismo, tal parece ser la corriente del siglo, la moda actual que sin reparo ni escrúpulo alguno siguen algunos escritores.

Demostrar que la Biblia es un compuesto de engaño, falsedad, inmoralidad, etc. q. Jesucristo con toda su sabiduría no fué más q. un impostor y visionario, que el Cristianismo está llamado á desaparecer debido al alto grado de desarrollo que ha alcanzado la civilización en nuestros días, y otras tantas necedades por el estilo, se cree tan sencillo como el tomarse una copa de champagne ó el jugar una partida de naipes.

Parece mentira que hombres inteligentes que todos los días se distinguen en el foro y en la prensa, y muchos en cuyas cabezas ya se divisa las nieve de los años, se dejen llevar de esta perniciosa influencia que al fin y al cabo no puede conducirles sino al más deplorable escepticismo.

No podemos explicarnos como es posible que un hombre honrado y sincero, que busca con todas sus fuerzas la verdad pueda dar entrada y cultivar en su corazón este odio terrible á la luz esplendente del Evangelio.

Y el problema se nos hace cada vez más difícil de resolver porque por regla general los únicos que proceden de un modo tan incorrecto son los charlatanes, que siempre buscan la oportunidad de hacerse notorios en todas las materias aunque no sepan de ellas ni un comino.

Para convencerse de esta gran verdad basta leer algunos periódicos anticristianos, los que, para desgracia de los ignorantes, abundan lo suficiente para causar el daño.

Ya es corriente encontrar un za patero ó sombrerero convertido en un filósofo